

EL ENIGMA DE LAS MEDALLAS

Ángela Sánchez Oriundo

Ayacucho

Mao An Xi les explicaba a los hermanos Quispe para qué servía cada una de las seis medallas de oro. En ese momento, Ferdinando Fabbri intervino diciendo:

—Estoy seguro de que Hayden Crane va a tratar de engañarlos para destruir a todos los miembros de la orden matemática con el fin de conseguir las medallas y con esto la ubicación exacta del Oráculo.

Los hermanos Quispe se quedaron desconcertados al sentir que en ellos recaía una gran responsabilidad ¡Ahora ellos eran los guardianes de las llaves al gran tesoro matemático!

Mao An Xi también se dio cuenta del desconcierto de los mellizos y les explicó que, aunque ellos aún tenían 12 años, las almas de los grandes matemáticos habían utili-



zados sus cuerpos para impartir conocimientos y para solucionar problemas que aquejaban al mundo entero, pues este afrontaba un problema que solo podrían solucionar gracias a la ayuda de los elegidos.

Entonces los mellizos se despidieron y, cuando se dirigían a su casa, sintieron que alguien los observaba. Sofía volteó lentamente dando inconscientemente tiempo a Hanno para esconderse y pasar desapercibido. Los mellizos siguieron su camino y llegaron a casa, donde su madre les preguntó:

—¿Dónde han estado todo este tiempo? ¿Y por qué llegan a estas horas?

—Es que... fuimos a la biblioteca a revisar algunos libros que nos recomendó el profesor Emiliano —contestaron ellos.

Mientras Joaquín le daba explicaciones a su mamá, Sofía escondió la cajita azul detrás de una maceta que estaba al lado de la puerta de entrada de su casa y, después de tantas explicaciones, los hermanos Quispe se fueron

a descansar. Cuando las luces se apagaron en casa, Sofía fue sin hacer ningún ruido hasta donde se encontraba la cajita que había escondido. Algo muy extraño sucedía en ese lugar, un pequeño destello de luz salía de aquella misteriosa cajita.

Joaquín se dio cuenta de que Sofía no estaba en su cama y, angustiado, se fue a buscarla. La encontró abriendo lentamente la caja azul que Noris Andreev les había entregado; era extraño, pero, cuando Sofía terminó de abrir la caja, la silueta resplandeciente de dos guerreros incas se materializó frente a ellos. Se observaron el uno al otro; tenían muchas preguntas, pero ninguno decía nada, parecían hipnotizados.

Las siluetas de aquellos guerreros incas tenían una gran fuerza magnética que los conducía a un sendero desconocido, Sofía abrazaba la cajita azul y, junto a su hermano seguía a los guerreros. En esa noche fría solo se escuchaba el silbido del viento y, de repente el sonido de un rayo rompió el silencio gélido.

Los mellizos se despertaron como de un sueño, sin darse cuenta habían llegado a la Chincana. Joaquín pensó que todo había sido un plan de Hayden para quitarles la caja que encerraba la llave para llegar hasta el Oráculo Matemático. Entonces, los guerreros incas se pronunciaron para romper aquel silencio escalofriante que solo sembraba dudas en los hermanos.

—Ha llegado el momento; es ahora o nunca —dijo uno de los guerreros que tenía el resplandor de la luna—. Esperamos por tanto tiempo que esta caja llegara a sus manos; solo ustedes podían abrir el camino para que nosotros pudiéramos ayudarles a utilizar cada una de esas medallas que no son otra cosa que llaves que abrirán puertas y despertarán a los grandes matemáticos que quedaron en la historia y, por lo tanto, despertarán el poder del Oráculo que nos ayudará a encontrar solución a la crisis mundial que hoy en día se vive por la pandemia ocasionada por el coronavirus.

Los mellizos escuchaban muy atentos y en silencio todo lo que los guerreros les decían.

—¡Vamos! —dijo el guerrero inca más resplandeciente, y comenzó a iluminar todo ese camino oscuro—. ¡Aquí es!

Los mellizos se dieron cuenta de que algo extraño sucedía, pues sentían como si algo o alguien estuviera observándolos. Sofía se dio un toque en la nariz, que era símbolo de estar nuevamente en alerta; Joaquín, observándola, cogió la caja azul y apretó con fuerza el mazo de cartas que poseía. El guerrero inca volteó rápidamente y observó aquella misteriosa sombra que a simple vista pertenecía Hanno. De repente, el guerrero poco a poco fue menguando su resplandor y todo extrañamente se tornó en la oscuridad más tenebrosa. Los mellizos se tomaron muy fuerte de las manos, entonces Joaquín sintió que alguien lo empujaba con fuerza.

El guerrero inca nuevamente resplandeció como el mismo sol. Todos tuvieron que protegerse con las manos, así que nadie podía ver lo que pasaba alrededor. Hanno estaba en un rincón protegido en posición fetal y, en ese momento el mismo dragón negro que ayudó a Hayden

apareció repentinamente sujetando a Hanno con sus patas. Empezó el vuelo y lo llevó junto a Hayden, que ya había recuperado la memoria, porque aquel dragón había cumplido su promesa. Uno de los guerreros incas les dijo a los mellizos que todo había pasado y ahora era tiempo de que la profecía se cumpliera. Pidió a Joaquín que tomara una de las seis medallas, específicamente la que tenía la imagen de un gran guerrero Wari; pidió a los mellizos utilizar sus grandes habilidades matemáticas para encontrar en el Oráculo Matemático la clave para abrir el portal que los conduciría a un viaje por el pasado donde encontrarían una de las piezas claves para cumplir la profecía que salvaría al mundo. Los mellizos, muy desconcertados, preguntaron:

—¿De quién se trata? ¿Cómo hacemos para encontrarlos?

Los guerreros incas respondieron:

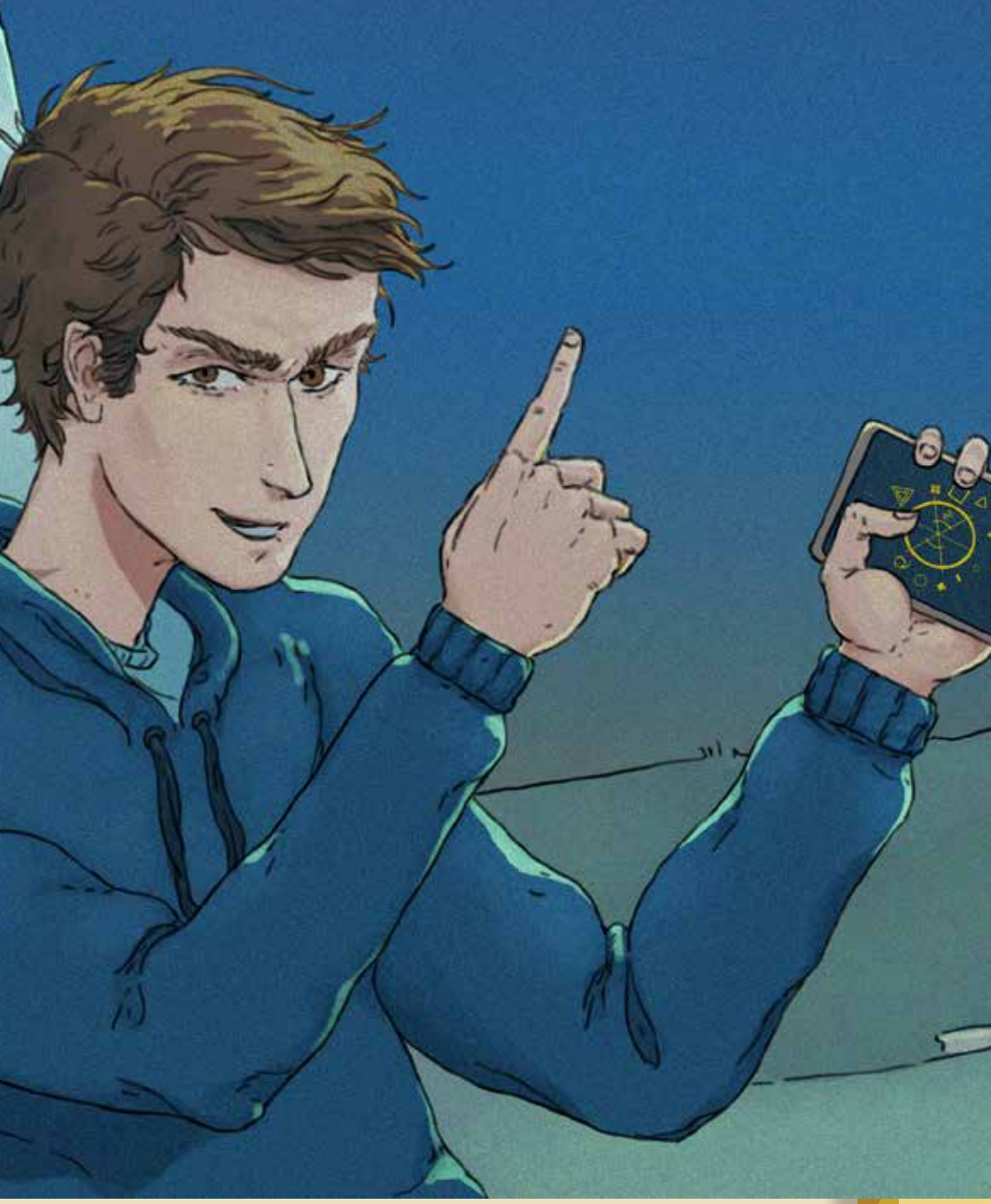
—Solo confíen en las habilidades matemáticas, pues la tercera pieza que falta para completar la profecía y salvar al

mundo se encuentra siempre ahí entre esas cuatro paredes cada mañana al rayar el sol. Él no confía en sus habilidades matemáticas; piensa que estas no solucionarán su problema, su mundo es frío, su mirada mata, vive esperando que llegue el día en que sus días acaben de una vez.

Los mellizos no podían entender exactamente de lo que se trataba aquella misión, pues parecía un laberinto de acertijos. La Guerrera Inca, mirando fijamente a los mellizos, intervino dándoles más pistas:

— La caja que llevan consigo guarda los más grandes secretos. Las medallas sirven para abrir puertas que los conducirán a lugares inimaginables perdidos en el tiempo. Encontrarán respuestas a cada una de sus preguntas. El tiempo se acaba. ¡Es ahora o nunca!

Joaquín abrió la caja y, al coger una de las medallas entre sus manos, se dio cuenta de que al fondo de todas las medallas había un lápiz y un papel y junto a su hermana comenzó a resolver el primer ejercicio que se encontraba detrás de la medalla. Este les tomó menos de



diez segundos. El ejercicio matemágico quedó resuelto y, en ese momento, la puerta se abrió y condujo a los mellizos hacia una civilización antigua. Los hermanos recordaron que su maestra Rosario les había explicado cómo era esa civilización y cómo estas habían logrado un gran trabajo en las piedras. ¡Se trataba de una civilización de grandes guerreros! En ese momento, a lo lejos se encontraban Hayden y Hanno. Ellos se acercaban de manera muy apresurada a los mellizos y les propusieron batirse a duelo. Esta vez, ninguno saldría beneficiado, porque no habría ninguna recompensa. Esto parecía extraño, pues Hayden siempre buscó quedarse con el mazo de cartas de los mellizos para de esa manera destruir a los miembros de orden matemágica y obtener el Oráculo Matemágico. Los mellizos se miraron y decidieron marcharse, porque tenían una misión que no podía esperar más.

Los hermanos Quispe llegaron a la cueva de Piquimachay, donde tenían que usar la siguiente medalla, la cual tenía grabada la imagen de un cóndor majestuoso. En la

parte de atrás de la medalla encontraron otro ejercicio matemático sobre un horizonte dividido en dos; sin dudar, se apresuraron a resolver el ejercicio y al instante otro portal dentro de la cueva se abrió y los condujo a Vischongo, exactamente a la ciudadela en cuya parte alta vivía como un prisionero un joven muy extraño que solía observar con mucha atención el sol. Nadie sabía nada de él, excepto que era el hijo del gran guerrero inca. Vivía en lo alto como un majestuoso cóndor, pero había en su mirada una gran tristeza.

Los mellizos subieron hacia lo alto, pues las medallas, que resplandecían como nunca lo habían hecho, daban señal de que él era a quien buscaban. Cuando ya se encontraban a unos pasos, dos habitantes de la gran ciudadela los detuvieron. Los hermanos Quispe gritaron muy fuerte:

— Venimos desde el Cusco, nos mandan los dos guerreros incas y tú los conoces.

De repente, el muchacho volteó muy sorprendido y pidió que dejaran pasar a los jóvenes a su habitación. Les preguntó:

—¿Quiénes son? ¿Qué vienen a buscar?

Los mellizos sostuvieron su mazo de cartas que tenía una especie de magnetismo extraño. El muchacho, asombrado, sacó de su bolsillo un mazo de cartas que su abuelo le había regalado y, maravillados, vieron que los mazos de cartas se atraían mutuamente. ¡Al fin los hermanos Quispe habían logrado su cometido! De repente, se oyó un grito que parecía venir de muy lejos.

—¡Luis! —decía la voz.

El muchacho escondió su mazo de cartas rápidamente y condujo a los hermanos a un escondite. Entonces, entró una mujer, lo miró a los ojos con suspicacia, examinándolo y le dijo:

—Tú me escondes algo y lo voy a averiguar.

Luis volteó su silla dándole la espalda; la mujer se retiró y, en ese momento, salieron los mellizos y le explicaron todo lo que pasaba. Sofía le dijo que los guerreros incas protectores de las llaves del Oráculo Matemático los mandaban desde el futuro porque él era una pieza muy

importante y guardaba conocimientos matemáticos imprescindibles que servirían para salvar el mundo entero del futuro nefasto que los amenazaba. Luis comenzó a reír a carcajadas y dijo:

—¡Salvar el mundo! ¡Qué tontería! ¡¿Cómo?! Si estoy atado a esta silla. ¡Cómo! ¡Díganme cómo!

Los hermanos Quispe le respondieron de inmediato:

—Te enseñaremos cómo utilizar la matemagia que se encuentra escondida en esos mazos de cartas que atesoras. Te retamos a un duelo y, si ganamos, solo te pediremos que nos acompañes a descubrir el gran misterio que encierra el oráculo.

Luis reaccionó mal, pensó que se trataba de una burla, pues él, desde aquella batalla que hubo en su pueblo, había quedado postrado y atado a esa silla.

Esta vez, los mellizos fueron los primeros en invocar. Mientras Luis los observaba con admiración, los guerreros de los mazos se iban materializando, despidiendo grandes destellos de luz. Luis abrió con asombro sus ojos



¡se trataba de sus padres que habían sido grandes guerreros y habían fallecido en aquella batalla en la que Luis perdió la movilidad de sus piernas! Esa tarde la habitación de Luis se llenó de un gran resplandor; era la primera vez después de mucho tiempo que Luis esbozaba una sonrisa. Sus ojos brillaban de alegría, se trataba de sus padres que, sin pensarlo dos veces, se fundieron en un abrazo muy cálido.

El resplandor de los guerreros incas fue la señal para que Hayden y Hanno supieran que ahí se encontraban los tres elegidos. Ellos querían impedir esa lucha, pues atentaba contra sus oscuros planes. Hayden, sin ser invitado, fue el segundo en invocar a sus guerreros. La batalla comenzó y era Hayden quien lideraba el duelo matemático; los mellizos no sabían qué hacer y Luis miraba con impotencia cómo sus padres estaban siendo derrotados. Él no se resignaba a perderlos nuevamente, así que siguió los impulsos de la magia e invocó a sus guerreros, que eran mucho más fuertes que los guerreros de los demás

mazos. Con gran entusiasmo, Luis y los hermanos Quispe gritaron a viva voz

—¡GANAMOS!

Luis vio con gran tristeza que sus padres se desmaterializaban y alcanzó a escuchar que decían:

—Ayúdanos a salvar el mundo, hijo...

Hayden y Hanno aprovecharon ese momento para escapar. Luis agradeció a sus nuevos amigos y les prometió ayudarlos con la condición de que cada año los mellizos invocaran a sus padres. Sofía abrió la cajita y sacó de ella una medalla con una imagen muy extraña en la cara y, al reverso, un ejercicio matemático muy simple para Luis. Aquella medalla abría otro portal que se encontraba justamente en aquella habitación. Con asombro, Luis se dejó llevar por sus amigos; ingresando al portal, sintió que sus piernas nuevamente le respondían como antes. Sofía y Joaquín sintieron que habían cumplido con la misión encomendada al ver a Luis sonreír.